

Homilía de Jueves Santo

Año litúrgico 2012 - 2013 - (Ciclo C)

“Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis”

Introducción

Con la Eucaristía vespertina del Jueves Santo comienza el triduo pascual. Pascua es el nombre dado a los acontecimientos salvadores de Dios. Dios salva haciéndose presente en medio de la historia de los hombres. Israel vio condensada la presencia salvadora de Dios en el acontecimiento de la liberación de Egipto. Este acontecimiento se convirtió en “memorable”. Al hacer memoria cada año de la liberación se actualizaba la presencia salvadora de Dios en medio de los suyos. Para los cristianos, Cristo es la Palabra definitiva de salvación que Dios pronuncia. Con su “paso” por este mundo, Dios ha dicho todo lo que tenía que decir. Y con el “paso” de Jesús de este mundo al Padre, se manifiesta cuál es el destino que Dios quiere para todos los seres humanos. En este paso final, en la Pascua de Cristo, el amor, que ha sido la constante de su vida, se muestra con toda su grandeza. La hora del paso es la hora del amor.



Fray Martín Gelabert Ballester
Convento de San Vicente Ferrer (Valencia)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Éxodo 12, 1-8. 11-14

En aquellos días, dijo el Señor a Moisés y a Aarón en tierra de Egipto: «Este mes será para vosotros el principal de los meses; será para vosotros el primer mes del año. Decid a toda la asamblea de los hijos de Israel: “El diez de este mes cada uno procurará un animal para su familia, uno por casa. Si la familia es demasiado pequeña para comérselo, que se junte con el vecino más próximo a su casa, hasta completar el número de personas; y cada uno comerá su parte hasta terminarlo. Será un animal sin defecto, macho, de un año; lo escogeréis entre los corderos o los cabritos. Lo guardaréis hasta el día catorce del mes y toda la asamblea de los hijos de Israel lo matará al atardecer”. Tomaréis la sangre y rociaréis las dos jambas y el dintel de la casa donde lo comáis. Esa noche comeréis la carne, asada a fuego, y comeréis panes sin fermentar y hierbas amargas. Y lo comeréis así: la cintura ceñida, las sandalias en los pies, un bastón en la mano; y os lo comeréis a toda prisa, porque es la Pascua, el Paso del Señor. Yo pasaré esta noche por la tierra de Egipto y heriré a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, desde los hombres hasta los ganados, y me tomaré justicia de todos los dioses de Egipto. Yo, el Señor. La sangre será vuestra señal en las casas donde habitáis. Cuando yo vea la sangre, pasaré de largo ante vosotros, y no habrá entre vosotros plaga exterminadora, cuando yo hiera a la tierra de Egipto. Este será un día memorable para vosotros; en él celebraréis fiesta en honor del Señor. De generación en generación, como ley perpetua lo festejaréis».

Salmo

Salmo 115, 12-13. 15-16. 17-18 R/. El cáliz de la bendición es comunión de la sangre de Cristo

¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor. R/. Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles. Señor, yo soy tu siervo, hijo de tu esclava: rompiste mis cadenas. R/. Te ofreceré un sacrificio de alabanza, invocando el nombre del Señor. Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 11, 23-26

Hermanos: Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía». Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 13, 1-15

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando; ya el diablo había suscitado en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, la intención de entregarlo; y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro, y este le dice: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?». Jesús le replicó: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde». Pedro

le dice: «No me lavarás los pies jamás». Jesús le contestó: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo». Simón Pedro le dice: «Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza». Jesús le dice: «Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos». Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios». Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis».

Pautas para la homilía

Según el cuarto evangelio, toda la vida de Jesús, ya desde sus inicios, se encamina a su "hora". La hora de Jesús es el momento fijado por el Padre para el cumplimiento de la obra de salvación. En el fragmento del evangelio que se ha proclamado aparece este término: "sabiendo Jesús que había llegado la hora". El evangelista resume con dos palabras fundamentales lo esencial de esta hora: es la hora del paso y es la hora del amor hasta el extremo, hasta más no poder. Con gran solemnidad, el evangelista afirma que Jesús vuelve a Dios, de dónde había venido. Este es el paso decisivo de toda vida humana. Pero el único modo de dar este paso es por medio del amor. La hora del paso y la hora del amor se explican recíprocamente. El amor, al hacernos salir de nuestras barreras, permite el encuentro con Dios y con los hermanos.

Antes de dar este paso Jesús deja en herencia a los suyos dos realidades inseparables. Una es la eucaristía. En la segunda lectura, el apóstol Pablo he empleado un verbo referido al pan que repiten todos los evangelistas: "partir". La noche en que iban a entregarlo, Jesús tomó el pan, pronunció la acción de gracias y lo partió. Joseph Ratzinger recuerda que partir el pan es la función del padre de familia que, en cierto modo, representa con ello a Dios Padre que, a través de la fertilidad de la tierra, distribuye a todos lo necesario para vivir. Este gesto humano primordial adquiere en la Última Cena una profundidad nueva: quién se entrega y se parte a sí mismo es Jesús. La caridad, entregarse al otro, dándole el pan que necesita y dándose uno mismo, no es un gesto añadido al culto, sino que está enraizado en el culto y forma parte de él. En la Eucaristía, en la fracción del pan, la dimensión horizontal y la vertical, el dar gracias a Dios y el compartir, están inseparablemente unidas.

La segunda realidad que Jesús nos deja en esta noche en que fue entregado es el signo del lavatorio de los pies, un gesto de amor extremo, donde queda muy claro que el verdadero poder es el poder del amor. En efecto, Jesús crea una situación embarazosa, pues lavando los pies a los discípulos realiza algo propio de los esclavos de inferior categoría, un gesto que a ninguno de sus discípulos se le hubiera ocurrido. Si recordamos las palabras de Jesús: "quién me ha visto a mí, ha visto al Padre", este gesto revela a Dios mismo. Dios es distinto de cómo lo pensamos, es otro. Cuando el hombre piensa en él, espontáneamente piensa en el poder y la fuerza. Imagina una relación de dominio. El evangelio rompe esa imagen. Dios sigue siendo "Maestro y señor", pero el evangelio nos descubre la verdadera naturaleza de su poder: es Maestro al servir. He aquí el viraje decisivo en la visión de Dios: de ser primariamente poder absoluto, pasa a ser absoluto amor. Esto es lo que Pedro y nosotros debemos descubrir, si queremos tener parte con Cristo.

Tanto la eucaristía como el lavatorio de los pies evocan la muerte de Jesús que, amando "hasta el extremo", o sea, hasta estar dispuesto a sacrificar la propia vida por el otro, nos muestra el camino de la salvación, de la vida y de la resurrección. Pues una vida así es la que Dios resucita. Este es el secreto que Jesús nos deja: la vida se encuentra no cuando uno la guarda para sí, sino cuando se parte, se reparte y se entrega por amor.



Fray Martín Gelabert Ballester
Convento de San Vicente Ferrer (Valencia)

Evangelio para niños

Jueves Santo - 28 de marzo de 2013



El lavatorio de los pies

Juan 13, 1-15

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando (ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara) y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro y éste le dijo: - Señor, ¿lavarme los pies tú a mí? Jesús le replicó: - Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde. Pedro le dijo: - No me lavarás los pies jamás. Jesús le contestó: Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo. Simón Pedro le dijo: - Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: - Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos. (Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: " No todos estáis limpios"). Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: - ¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis

Explicación

Es un día estupendo para recordar con agradecimiento el gesto que Jesús realizó con sus amigos, durante la cena última que compartió con ellos. ¿Lo recordáis? Se puso una toalla a la cintura, cogió una palangana con agua y les lavó los pies uno a uno. Al terminar les comentó que lo que había hecho con ellos, debían hacerlo unos con otros, siendo siempre serviciales.